



# La fragilidad de lo sólido

Brenda Ríos

Ciudad de México, septiembre de 2017.  
Fotografía: L. Radwanski

## I

LAS CATÁSTROFES SUELEN SUCEDER EN DÍAS donde nada indica algo salido de la normalidad plana, nada salido del marco, nada que llamara la atención, nada extraño. El día podía ser soleado o no, con cero cantidad de señales que avisen el curso inmediato de lo trágico. Incluso, cuando los que logran contar los pocos detalles salidos de lo cotidiano suelen ser seres anodinos, como profetas bíblicos, insignificantes.

Esta ciudad, situada sobre lo que era un lago, mitad seca, mitad lodosa, un pastel imposible para mayor analogía, es una ciudad difícil de seguir, con ritmo propio, olor, sistema de drenaje, modos de hablar, de establecer relaciones de confianza, del “sálvese quien pueda”... pero a su modo es un espacio tangible, desplazable, tiene norte, sur, transporte, microclimas. Como toda ciudad grande tiene dentro ciudadcitas. De pronto sucede que la notamos, la notamos de tal forma como nunca antes, porque la belleza de la ciudad era su misterioso engranaje, su funcionamiento, la mano obrera que acciona la palanca —o checa tarjeta— y abre el metro a las cinco de la mañana. Esa era nuestra seguridad, escasa, pobre, sucia, como lo que nos rodea. Nosotros, hijos de la carencia, no sabríamos qué hacer si estuviéramos en Jauja de todas formas.

La fragilidad de lo sólido: los edificios decidieron caerse. Los azulejos pegados a los muros, las aplicaciones de yeso, edificios enteros aplastaron piso sobre piso, cayeron sobre los electrodomésticos, sofás, camas con edredones, ropa planchada, títulos de licenciatura en las paredes, fotos de familia, copas, platos. Nombra algo que habite en una casa y eso también fue aplastado. Pero no en todas partes ni en todas medidas. Un azar extraño la desgracia. Saber que en Oaxaca sigue temblando desde entonces, como si un boxeador invisible quisiera tener al pobre sangrante y ya bulto en la lona, dejarlo incapacitado para siempre.

No sabíamos ese día, el 19, que la Ciudad de México tendría un motivo más para entrar a estadísticas de riesgo, emergencia nacional. Pensaba en mi familia, si veían la tele esa tarde sólo verían las mismas imágenes del mismo edificio cayendo, echando polvo, como elefante cazado. Ya había dicho que estaba bien pero gracias a esas imágenes de la tele creían que yo estaba bajo escombros, mintiendo. Quién sabe qué pensaron. Pudimos hablar hasta el día siguiente.

Mientras, era una sola y el mundo alrededor. No tenía conciencia de lo que había definido como mundo y como ciudad hasta entonces. La ciudad era una ruta a mi casa, un edificio y objetos que son un catálogo casi humilde. Una vida básica. Sin adornos de maridos, hijos a quién llamar en caso de emergencia. La ciudad enloqueció no sólo por la desgracia en sí, un terremoto. Sino por los casi veinte millones de habitantes que querían saber de sus queridos. El caos para atravesarla, hacer dos, tres, cinco horas caminando, pidiendo aventón, como sea, con tal de llegar a casa y cerrar el día. Esa tarde estuvimos a oscuras. Por dentro y por fuera.

## II

Salí de casa ese martes a las once, quizá pasadas. A una cuadra de mi casa me tocó la alerta sísmica. No salió nadie, y la calle (un eje vial muy transitado) estaba vacía. A dos calles está una escuela primaria, comprendí qué día era y no me asusté, seguí caminando. Doce días antes había temblado muy fuerte, casi a la medianoche y la gente sí había salido de sus casas. El terremoto del 85 es un fantasma vivo, es, por decirlo así, un fantasma joven.

Llegué a la Casa de la Paz, Cozumel 31, colonia Roma. A las doce comenzaba el taller de escritura. Era la tercera sesión. La mayoría de los asistentes eran personas dedicadas al teatro y artes escénicas. Nos acomodamos en el primer piso, con ventana a la calle. Habíamos hablado sobre la importancia de hacer el personaje de uno mismo, de algunos autores, de algunos textos. Christian iba a leer su texto. Habíamos dicho que máximo dos cuartillas pero él llevaba cinco. Repartió las copias. El terremoto fue su culpa. Debió haber cumplido las reglas.

Alguien dijo: está temblando, y nos dirigimos a la salida. La casa se hacía como un barco, como un brincolín, las escaleras eran de gelatina. La chica que iba delante de mí parecía que no avanzaba. Y yo tenía a los demás detrás. Cuando llegamos a la calle, en segundos, había multitudes en las aceras. El grupo estaba tranquilo. Pero no así a nuestro alrededor. Una mujer salió de

la cocina de La Bodeguita del Medio en plena crisis de llanto, otra mujer se tiró a mitad de la calle a llorar y gritar. Yarezi, quien era la que venía delante de mí en la salida, miraba a esa mujer con extrañeza, y desde sus veinte años dijo: “esa mujer está así porque le tocó el 85, ¿verdad?”, buscando una explicación. Todo parecía desmesurado. Estuvimos unos veinte minutos mirándonos, mirando a los demás en la calle, testigos del estado de alerta que comenzaba a fluir. Gritaban que se habían caído edificios, que había fugas de gas, gente llorando. Las escuelas cercanas habían desalojado a los niños y los habían llevado a parques o ejes. Pero eso lo sabríamos después. Supe que no habría transporte. Me pareció lo más sensato regresar a trabajar. O al menos refugiarnos de la calle. Lo sometimos a votación. Nadie quería irse a casa, aún. En la Casa de la Paz nos impidieron volver. Hasta que no llamaran de alguna oficina, supongo Protección Civil. No imaginé que esa sería la última vez que trabajaríamos ahí. Semanas después el edificio se declaró inhabilitado (por el teatro que sí está en pésimas condiciones y que, por estar al lado de la Casa no se puede poner en riesgo). Tuvimos que despedirnos. Cinthia había ido a recoger a sus hijos, Pável había ido a la secundaria donde trabajaba por si necesitaban ayuda. Yo me encaminé con unos chicos que habían venido de Monterrey a estudiar o trabajar en la Ciudad de México, vivían cerca; y con Toby, quien me acompañaría parte del trayecto.

Caminamos durante una hora. Quizá fue menos. Parecía un sueño. La gente caminaba en sentido contrario al nuestro. La mayoría de las conversaciones en el celular eran “Estoy en...”, “Ya voy para...”, “Estoy bien pero...”. En el Parque México, hombres con cascos amarillos y chalecos gritaban a los conductores: “Hay una fuga de gas, apaguen los motores”. Y la fuga de gas era visible desde dónde estábamos: arriba de un edificio color mamey, parecía que habían destapado una olla exprés y el gas salía como borbotón. Chispas de agua. Había gente con perros en el parque, niños, gente con traje, gente de todo tipo. Nosotros seguimos camino. Toby mide 1.80 y es un tanque. Viste de negro y se rapa

el pelo. Por si no resultara intimidante de por sí. Caminamos y el escenario era igual: histeria, gritos, llanto. Nosotros charlábamos sobre un curso que él tomaba ahí cerca. Le pregunté por qué tomaba tantos cursos a la vez. Decía que era para aprender algo nuevo. Por fin hallamos un camión. Nos subimos. Ese nos dejaba en el Parque de los Venados y yo de ahí caminaba a mi casa. Atravesamos unas cuatro colonias, desde la roma hasta Letrán Valle y luego Portales. Nos reímos por algo que vimos en División del Norte: un lugar que vende azulejos estaba al lado de un edificio al que se le había caído parte de la fachada de azulejos. Parecía un truco publicitario. Quizá porque yo tenía cara de asustada pero no lo sabía, Toby se puso a contar cosas tontas y eso ayudó. En situaciones de estrés escriben los ex, ya verás, me decía. Suelen decir: “Espero estés bien... bla-bla-bla... ¿cogemos?”. Luego inventamos encabezados para ese día. Si se perdía el sistema de datos de la gente que tiene adeudos con el banco (cosa que sí pasó en la vida real pero de aquellos con los permisos de construcción). Hicimos una hora y media, a vuelta de rueda. Es decir que más o menos desde que salimos de la Roma hasta la casa fueron como tres horas. Y fuimos afortunados. Nos despedimos en el parque. Dos días después iría a dejar víveres para los damnificados y Toby estaría justo ahí. Como si desde el día que lo dejé no se hubiera movido. Me dijo que alguien como él era de gran ayuda para cargar cajas y así.

Me llamó Conrado, uno de esos amigos que uno tiene para que nos obliguen a ser mejor de lo que somos realmente. Que alguien por mi casa necesitaba ayuda. Y llegué. A ayudar a una chica que nunca había visto. Su edificio había sido declarado inhabitable. Estaba sobre Eje Central, lindo, moderno, plantas, recibidor, portero. De lujo, casi, al final era Eje Central. Lo había comprado nueve años antes. El edificio tenía diez años de edad. Ella, su esposo, dos niños pequeños, y la madre que vivía al lado en otro departamento (un gran tema por cierto: ser vecina de la madre) perdieron todo. Ayudamos a empacar lo “urgente”, platos, despensa, cosas de casa. No sabrían si podrían volver por sus muebles. Eran los últimos en irse. Los demás

vecinos se habían ido el día anterior con una maleta de sus cosas. Y había gente afuera del edificio queriendo entrar. La rapiña. Los “empacadores” éramos personas convocadas por las redes y, en mi caso, mi amigo. Tardamos dos horas o más en empacar lo básico de una familia entera. Yo había caminado sobre Eje Central el día anterior y noté a las personas en la acera, con sus pertenencias, algunos muebles. Escuché decir a varios que irían a los albergues. No supe cómo acercarme a ofrecer ayuda. Y ahora ayudaba. Tampoco quiero decir que uno se siente mejor por ayudar, eso es mentira. Uno se siente mejor porque no está en las condiciones de quien recibe la ayuda. Es eso.

La ciudad no será igual. Todo se suspendió de repente. Parece que antes vivíamos en la punta de una pirámide de palillos chinos. Alguien movió una pieza. El escenario: gente sin casa; muertos, desaparecidos, atracos, corruptelas. Pagos atrasados, cancelaciones de funciones. Proyectos parados. Entre un año de preelecciones y el terremoto todos trabajan pero nadie tiene un peso. No sé qué seguirá. Tanto así que los días pasaron donde los héroes no eran hombres sino perros. Todo parecía un anuncio de agencia de adopción de animales. Perros héroes, directoras de escuela primaria malas. Director de obras de la delegación Benito Juárez malo. Lo que sabemos desde siempre pero ahora nos escandaliza más por saberlo: la gente es miserable. Y si va a sacar dos pesos a costa de alguien más lo va a hacer. Simple. Humano.

Hay dos palabras que flotan desde el terremoto. Palabras polvo: reconstrucción y solidaridad. El sistema removió más que si jugara México en la final del mundial, removió escombros del sentir patrioterero y autocomplaciente. Lo evidente es esto: los ladrones tendrán más que robar y los que nunca nos enteramos de nada seguiremos en ello: los tratos, los abrazos entre poderosos, los acuerdos que se hacen y que mueven el país como esa mano aprieta el botón, abre la puerta a las cinco del metro. La teoría de la conspiración es un chiste. En este país, en esta ciudad, un temblor de 7.1 grados sólo sirvió para evidenciar la tubería rota del drenaje, la mierda siempre estuvo ahí. 